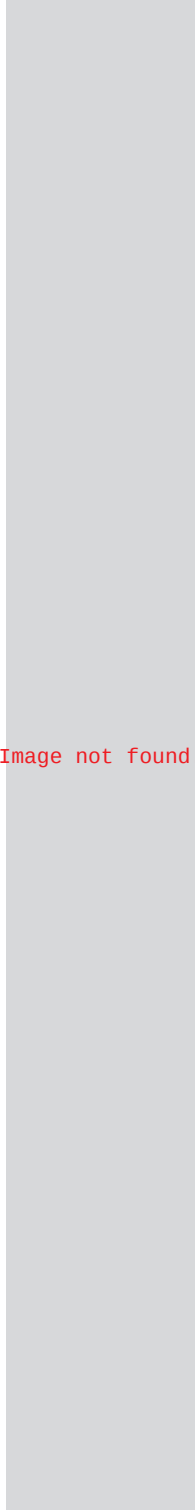


Flavino

daniel bernardo grimberg



Capítulo 1

Flavino (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

- "Se dará a conocer la palabra feliz, la que no roe los sueños ni corrompe la existencia, y en la que no cabe ningún otro poder".

La Palabra era el programa adoptado a partir de la ascensión de un rey y la cruda consecuencia en aquellos hombres que extendían sus brazos a la bóveda celeste; era mucho más que una idea, una indefinida ambición, o un mero sentimiento.

Agnes no persuadió a Persio desde el fondo del templo de mármoles platinado acerca de aquella cuestión que era primaria y no se escondía con facilidad de la vista, pero pidió que le impusiera las manos para acentuar su dependencia en él, porque de acuerdo al proceso ritual el futuro debía ser cuidadosamente construido. Luego se aprovecharía de las curas que ofrecían las plantas violetas que crecían en las montañas del sur (y cuyas faldas estaban cubiertas con barro). Gracias a estas, el espacio abierto no se desgarraba, y ella emprendería a lo persistente, al trabajo de ampliar las perspectivas del etrusco y hacer que las pluralidades del tiempo coexistieran en armonía en su persona, porque no hacía distinción entre las acciones personales y el desarrollo de los siglos.

"La Palabra será breve y denotará la posesión de un cargo honroso, aunque sus toques crípticos resulten desconcertantes a los extraños".

Ese era el mensaje que los dioses lanzaban a los ripios de la humanidad, como una proposición pacífica. Eran una renovación perpetua similares a las que suceden durante la agitación de las aguas, y también en la potencia descomunal de los maremotos.

Persio se elevaba como un árbol cuyos ramajes acogían a pájaros y desplegaban largan sombras, un hombre alto y tranquilo de recio esplendor, que cómo hacían los aristócratas, ponía a sus deseos y temores en el centro del universo, sabiendo cuan poderosos eran los enigmas. Era considerado un paladín, quién apartaba a los suyos de las tinieblas y espiaba en el oráculo de la Esfinge para vislumbrar a lo que hubiera de esperanzador; no había otra forma de idear a la nación etrusca que la imagen de la diosa. Pronto aceptó lo sugerido por la voz maravillosa de Agnes, ya que las verdades que salieron de ella con tenues soplos,

fundía a la continuidad del pasado a través de la tradición. La observó junto a lo que giraba a su alrededor: la bandeja con fuego, los mapas celestiales, un potrillo del que le llegaba su relinchar (cosas que de ninguna manera dieron lugar a desordenes cronológicos ni a fragmentadas percepciones del tiempo).

Entonces le dijo que no se quedará en la deplorada tierra que jamás reverdecía y en donde las flores nunca podrían nacer porque el suelo había sido rociado con hirientes astillas. Habló de un manuscrito, de una actividad que había confinado al ámbito doméstico, y de su irreversible posición de mando; Persio adujo ser un rey al que jamás le hirió una flecha, y tampoco quedó encerrado en pesadas armaduras. .

Su mujer Sofía se había acercado a los umbrales de innumerables oráculos porque no podía concebir; un maleficio se había difundido por su cuerpo (había sido el obvio trabajo de una bruja que la aisló de las mujeres). Sentía que sus raíces no tenían peso, como si no tuvieran un origen noble, y que ninguna bendición derivaba de los antiguos dioses de su familia. La pasividad de sus entrañas la encaminaba a algo catastrófico... su cuerpo la condenaba a ser una farsante. ¡Siete años llevaba casada y aún no había parido un hijo! Una reina que no podía construir una dinastía había sido subvertida en su naturaleza.

Su esposo Persio era el más encumbrado de las tribus, el rey, al que todos buscaban y acechaban amistosamente, y llevaban sus pleitos con alegría porque él establecía contactos con los dioses, quienes exhortaban desde pasmosas lejanías a sus adoradores, a que estuvieran en paz. También dominaba las palabras inherentes a grandes intuiciones jurídicas, estableciendo apremiantes puentes en las fronteras que separaban la os hombres. A los dioses no se los veían corporizados, pero eran saludados por la gente que sabía que posaban cerca de aquellos que no añadían problemas o dificultades, sino reflexiones y sentido común. A veces estos se manifestaban con los vuelos de las aves, en espadas victoriosas, y en esos largos viajes que eran los sueños. Los siglos les pertenecían, por lo que no hacían ningún esfuerzo en apropiárselos. Ellos determinaban a lo siguiente que requería atención, y advertían que muchas cosas eran menores a lo que habían parecido.

Persio observó al rostro de Agnes: los astros se alineaban con su juventud; como precursora de la nobleza, era atravesada cada noche por sueños cuyas variantes entregaba a los selectos concurrentes al templo. En esos sueños se radiaba la revelación, y Agnes tocaba con sus manos a cualquier ilusión para que se hiciera real. Los dioses insistían en pasearse por las medidas de esa mujer, y la seguían por detrás de los caminos para conformar una noción pura del tiempo. La materialización de lo divino se daba en sus gemidos, en su despertar, y cuando hablaba a los devotos.

Los dioses no estaban perdidos ni andaban por tortuosos peñascos, sino que se detenían para hacer observaciones perdurables en algunas mujeres. Antes de cualquier evento, existían los augurios de los oráculos, como los movimientos rítmicos creados por vientos que eran seguidos por la lluvia.

Por conocer sus Signos, Agnes dejaba las puertas abiertas de su templo para que estos llegaran, darles sus cetros de marfil y alabarlos como los poderosos celestiales con su rústica hospitalidad.

La joven no tenía otra intención más que servir a su pueblo, enhebrar sus costumbres con una amplia comprensión de lo desconocido, ya que podía ver más allá de lo mortal a través de su mirada cándida. Evocaba con precisión ciertos tonos del lenguaje, pero jamás tomaba posiciones normativas... sus palabras eran como sembradíos y no fuerzas derramadas en vano. No había brutalidad en el Templo, y sus paredes estaban pintadas con escenas pastoriles; se observaba una gran constricción frente a los dioses, ya que los hombres ansiaban el retorno de lo que fue, de lo maravilloso con que se hinchaba la tierra y que las barcas que se habían internado en el mar, regresaran a los seguros litorales.

Ella que había adivinado la forma del sucesor de Persio, le dio un imprescriptible nombre, lo conminó al silencio que es la virtud esencial de los que aún no vieron la luz, y aún se encontraban en los lindes que no pertenecía ni a los vivos ni los muertos (del profundo silencio el sol emerge con sus hombros llenos de piezas de cobre). Le dio preciosas promesas que fueron tan brillantes como las que los dioses dieron a la humanidad. Y sobre todo le dio su anuencia, y el inicio de un juicio que debía extenderse por todos los vericuetos de su vida. El hijo de Persio estaba en una cumbre de un bastión hechizado, no conocía de trucos y era encantadoramente crédulo, no estaba aterrado ni sabía que su padre restituiría a su pueblo en las tierras del norte que habían sido robadas por los celtas.

Persio cometió la imprudencia de consultar a otra mujer de otra ciudad, quién dijo que actuaría con diligencia, e insertó algunos murmullos que no la mostraron servil. ¿Cómo un augurio causaría daño, si sólo se trataba de celestiales admoniciones?... Concluyó que el mundo no era estable y sus elementos no eran duraderos, y la sinceridad y certidumbre no eran sus características. Dijo:

- "Los ríos nacen y fluyen, pero no dentro de los desiertos".

Se llamaba Equicia, y desconoció que algún día un heredero caminará por esos mismos parajes recibiendo honras de nobles y granjeros, después de haber sido proclamado rey a través de la Palabra que únicamente a Persio correspondía pronunciar (y no estaba incluida en los juegos de vocablos hallados en Etruria y en las áreas vecinas). Esa palabra

sostendrá al mundo por nacer, puesto que su estructura había surgido de las reparadoras voces de los dioses.

Pero Persio debía renunciar a ésta y destituir al desdichado rastro de su hijo quien no entrará en la adolescencia, ni en la adultez, ni será un componedor entre el pasado y el futuro, ni actualizará su línea dinástica. Era un joven sin manos ni pies ni espaldas ni cabeza, que no hará travesuras en su niñez, ni en su juventud llenará a su garganta con los vagos clamores del vino. Los dos nunca concebirán un piadoso mundo debido a que las plegarias de Sofía habían sido rechazadas por los dioses. Las prodigiosas fuerzas de la vida no se encaminaban tras el rey, y Equicia no era más que la imagen que devolvía el espejo.

Equicia adujo que los dioses caminaban por las zarzas sin lastimarse, pero a los hombres eso les causaba dolor. El hijo de Persio no era más que la imaginaria proeza de un hombre cansado y temeroso de la muerte, la primavera de sus ánimos que al final desembocarán en el descendiente invierno... si no había un pesado entumecimiento en el vientre de la mujer no había embarazo... y no habría hijo, aunque ya se le hubieran destinado regalos y fiestas.

La sacerdotisa había husmeado en la erudición de Sofía, y consideró como poco iluminados los augurios de Agnes; y enfatizó que, para que corriera el tiempo no bastaban los delirios, sino se debía generar recuerdos y fatigas a causa del obrar.

II

En una noche, bajo las anchas de una pradera se produjo una coalición insondable, y vastedades de criaturas se exiliaron a la cúpula celeste. Se trató de una hora anormal en la que Agnes no tuvo otra opción más que adherirse. Había captado a quienes se movían con las dignas formas de los dioses, dispuestos a acometer los felices ultrajes que eran precedidos con músicas de liras. Bajaron a censar, y a entregar beneplácitos con excesiva indulgencia. Dijeron no estar turbados, sino contentos de visitar lo que había sobre la tierra: los mares cálidos, los altos laberintos que eran las montañas, y los múltiples relieves del mundo.

Agnes sólo fue una soñolienta doncella que dejó que los dioses descendieran sobre su entorno; no tuvo entendimiento, pero tampoco lo procuró. Había cerrado los ojos, permitiendo que los meticulosos cálculos que había aprendido, se deshicieran; no examinó la decisión invocada ni a sus consecuencias. Y pasado un tiempo, vio una criatura emerger como un pequeño hombre capaz de juntar en sus entrañas a horas y sueños, retozar por los cerros, y viajar hacia una desconocida inmensidad. Le dedicó alabanzas como como la apertura al mundo que lo recibía y le era preexistente; pronto su aspecto se expandió como si se estuviera

liberando de una serie de aprisionamientos.

Se había yuxtapuesto con ella en un tiempo fragoroso, mientras las brisas de aire fresco tocaban sus cabellos e inducían tenues sonrisas en su semblante; no era una torpeza de la imaginación de Agnes ni su quimera, sino un alma que permanecía de pie, plantaba sus posibilidades, y administraba lo que iba adquiriendo con mucha alegría. Le dio el nombre de Flavino y fue un amado niño que no tenía influencia ni opinión, pero se movía con una agilidad que estaba en acordanza con el acuciante imperativo de vivir.

Flavino tenía un lunar en la oreja, y un destino que Agnes apreció al llegar al mar cuyas mareas rojas y turquesas eran la creación del declinante sol; en ese momento estimó al mundo como una paulatina distensión de su espíritu, y tomó un prominente puñado de arena y lo arrojó al viento sin aparente motivo, pero diciendo que no habría tamiz capaz de interceptar la existencia de Flavino. Se había dejado ganar por la esperanza, y observó a los lejanos archipiélagos, sintiendo en la nitidez del paisaje a lo antiguo que se superponía con lo nuevo.

El tiempo daba paz a los que recién llegaban a sus orillas, y no se apresuraba en juzgarlos; Agnes contempló al niño a quien ungió con algas marinas para que no le ocurriera nada lapidario ni amenazante, y jamás recibiera los crueles azotes de un verdugo, sino los fieles susurros de una enamorada. Durante un corto enfrentamiento con el sol ya vencido, el hálito del pequeño fue supremo sobre lo que quedaba de luminosidad sobre la tierra.

Flavino había crecido en el reposado cuerpo de Agnes, superando a las vitales transparencias de la piel de la mujer, para ser contado entre los que se paraban con sus piernas, y creaban movimientos capaces de trastornar a las aves y espantarlas. No tardó en hablar, y sus juegos eran proyectos y maquinarias impresionantes; cada día ganaba estatura con la idea que el mundo era la maravillosa consecuencia de su existir. A su alrededor se erguían cielos con estrellas, rutas que persuadían a avanzar sobre torrenciales y atávicos reinos, las bellezas de las flores que se añadían a quien las contemplaba, y la tutela y amor de su madre.

Flavino se encontraba entre los que mascullarían grandes ambiciones, ya que la única posibilidad que tenía cada nacido era poseer un fundamental temperamento para insertarse con un poderío furioso en lo temporal. De hombre tendrá siempre a mano su puñal, y dará certeras órdenes en las orillas de claudicantes ríos hasta las ruinas de las ciudadelas, demostrando ser perseverante.

Tendrá un destino sobre la tierra, una casa, y heredará la común pretensión de inmortalidad a pesar de que reconocerá a las diferentes clases de agonías (la orden de hierro que habían dado los

dioses era la de creer en la vida, pese a los multiplicados dolores de estar vivo); no se detendrá frente a las innumerables críticas que tratará como banalidades, y en su calidad de sujeto pensante no promoverá enconadas discusiones.

Flavino creció más allá de los primeros pensamientos de Agnes, más allá de los jardines que eran regularmente borrados por las lluvias; había ganado a su destino con todo lo que éste tenía de condena y decoro.

Un día remitía a otro, y se aproximó la primera etapa de su adultez. Se había vuelto un victorioso habitante de la tierra que transpiraba con añico, nunca se escondía, y hasta obtuvo la reputación de ser valiente. Sabía que había un rey en Etruria y que era magnánimo, pero a veces se encerraba en sus jardines para llorar viejas culpas. Persio gruñía como si tuviera el corazón de un soldado.

Entre los miles de hombres, Flavino fue un rostro que observó las tormentosas gestas del fuego y al agua que limpia, y emitió juicios sobre cada suceso particular que se enmarcaba dentro de lo prescindible o de aquello que mantenía ritmos eternos. Comunicaba a lo probable y lo que era mejor que quedara dentro del hábito de desconfiar.

También se erguía a primeras horas del alba para reconocer los caminos de los celtas y los cartagineses, y confiar o no en los pasos de la montaña que traían cruentos asuntos. Y fue nombrado por vez primera con su nombre secreto cuándo derribó un oso, cuando éste cayó en su trampa y dejó de rondar por los alrededores de Volsinii. Deseaba ser de utilidad a su pueblo, y en su momento obtener el poder de acuerdo a lo que su madre, Agnes, la sacerdotisa, le había dicho con trabados vocablos que ocurriría.

Cuándo su cabeza se alzó sobre las de los demás, ya se consensuaba con el sol, conocía versículos de los idiomas venerados, había aprendido inmemoriales cuestiones, y podía convertir a lo malo en cenizas; era un joven con la disciplina necesaria para calcular, deliberar, y ejercer una saludable resistencia a lo ignominioso.

Hasta que, en un día en el que aparecieron colores vehementes en el cielo y los pájaros se desenredaban de sus nidos, el rey Persio lo llamó a su presencia, y le dijo que ya era la hora.

- "¿La hora de qué?", preguntó Flavino.

- "La hora de decir la Palabra".

Y lo abrazó porque Flavino era su hijo.

Fin